



Año V.

Redaccion y Administracion, calle del Fomento, núm. 18.
Gratis á los suscritores de LA NACION.—Un cuadernillo de 25 números, 4 rs.

Núm. 769.

DOMINGO 17 DE MAYO DE 1868.

REVISTA DE LA SEMANA.

El certámen de poesía tuvo lugar el 5 del presente en Barcelona. No os cause admiracion. En los tiempos que atravesamos, cuando se disputan el dominio de la opinion cuestiones tan graves como la guerra, la subsistencia y la religion, unos cuantos poetas llaman desde un extremo de España á todos los fieles de la amable comunión de las musas, y al instante los veis acudir y juntarse con la fraternal y espontánea franqueza de los poetas. Nada iguala en bondadosa expansión y felicidad comunicativa á estas reuniones, donde manda la sociedad todo cuanto tiene de juvenil, de vehemente, de generoso. Todo eso que en la actividad material de la vida moderna se aparta á un lado por inútil; todos los seres cuyo espíritu sufre cuotidianamente el ordinario vejámen de la indiferencia, de la injusticia y de la murmuración, se convocan y se unen en determinadas épocas, impulsados por una misteriosa necesidad de comunicacion y mútua confianza. ¡Oh! ¡Que una vez en la vida sea lícito á los poetas el concurso y la exhibición, que hoy se conceden con tanta frecuencia á todas las industrias y á todos los oficios.

* *

Los concursos, las exposiciones, los certámenes constituyen una de las mas importantes y curiosas fases de la actividad moderna. Inglaterra ofrece á la contemplación gastronómica del mundo sus *juegos florales* de ganadería y piscicultura. Y en estos importantes ramos del saber humano, ¡qué portentosa se muestra la ciencia inglesa! El procedimiento alimenticio, que en nada difiere por su método racional del mas profundo sistema filosófico, produce en las carnosidades del individuo (cerdo ó vaca) efectos prodigiosos. Nunca la naturaleza recibió del arte modificaciones mas trascendentales. Así es que, merced á los notables progresos de esta ciencia, veis en los concursos de Londres una serie de objetos vivientes, cuya vida se esconde en lo mas recóndito de un globo de gordura. Un cerdo queda reducido á una informe masa en la cual el observador mas tenaz no hallaría ni aun restos de aquella primitiva esbeltez, de aquella belleza de formas con que nuestra Estremadura nos los presenta. La vaca adquiere el volumen de un soberbio Montgolfier; apenas puede moverse, y solo admite comparación por la crasitud y la corpulencia con algunas de las venerables matronas madrileñas que vemos entronizadas en una casa de huéspedes ó presidiendo los concursos amables de una reunión de confianza.

En cambio los ingleses, que tantas sutilezas y tan laboriosos procedimientos emplean para engordar los animales destinados á la mesa, tienen particular empeño en enflaquecer los caballos. Habreis visto alguna vez la delicada efigie de uno de los héroes del *steeple chase*, aligeros como un *arpa* de las que son sacrificadas en nuestra plaza de toros, esbeltos y elegantes, con esa esbeltez y esa elegancia convencionales, que tan bien se avienen con el ideal de la hermosura inglesa. Esos caballos, que pasarían por el ojo de una aguja con mas facilidad que el camello de la Biblia, son prodigios de elasticidad y rapidez, irracionales alletas de la carrera, que ganan premios y ciñen laureles como cualquier poeta de la antigüedad.

El genio inglés es capaz de convertir un caballo en avestruz y un cordero en elefante. Profundos conocedores del estómago y de su economía, practican en

los animales esa intuición digestiva que les ha dado el primer puesto entre los gastrónomos del mundo. Los resultados son palpables y prontos.

Fabrican chuletas vivas, y *beefsteacks* solidarios del organismo; hacen del animal un laboratorio animado de carne succulenta, y le mechan y aderezan en vida, no faltándole mas que un poco de fuego para presentarlo en la mesa. En cambio espiritualizan al caballo hasta dejarlo en puro estado de diaphanía. Ya habreis visto esas quintas esencias de yegua, que montadas por un *groom* de dos arrobas á lo sumo, vuelan, corriendo parejas con el viento, en los concursos hípicas de Paris y Londres.

* *

Los nacionales concursos taurinos de Madrid continúan atrayendo al redondel clásico de la puerta de Alcalá un numeroso y respetable público. Hace pocos días hemos tenido un concierto en la Plaza de toros, lo cual equivale á un funeral en Capellanes, ó á una exposición de pinturas en las bóvedas de San Ginés. Un concierto, que necesita auditorio silencioso, buenas condiciones acústicas, y espacio no muy vasto, ¿cómo puede celebrarse en la Plaza de toros, mansion del escándalo, recinto abierto al aire y accesible al desorden?

Sin embargo, bien mirado, la contradicción no es muy grande, si se atiende á las aficiones de nuestro público. Por una extraña coincidencia, de esas que tan frecuentes son en nuestro país, vemos que existe una relación misteriosa, entre el aficionado á los toros y el fanático por la música. Dejemos á un lado los que por sentimiento y por inclinación instintiva á las cosas bellas, son amantes de la buena música. Estos no forman la masa bulliciosa de ese tendido de sombra llamado paraíso. Hay aquí una especie de filarmónicos (bastantes para formar la mitad de un público) que son admiradores ciegos de todo lo que suena, de todo lo que está comprendido en la vasta esfera de los ruidos cadenciosos, desde la ópera á la contradanza, desde *Guillermo Tell* hasta la murga. Sin embargo, estos filómanos afectan gran desprecio hácia todo lo que no es ópera y ópera alemana, del género mas extravagante y abrupto.

Este sér crece en las gradas del paraíso y allí tiene su comité musical, entre cuyos respetables miembros se cuentan tres ó cuatro pollas, también muy amigas de la música, y alguna matrona en estado ruinoso, vieja partitura mal conservada en los archivos sociales.

Este habitador de las regiones tropicales del teatro Real, es el que va repitiendo la ópera durante la representación, mortificando al mortal que tiene la suerte de quedar á su lado; este es el que os refiere la vida íntima de todos los individuos de la cuadrilla italiana que gorgea en aquel coliseo; este es el que os dirá que Bellini, Donizetti y Rossini son unos chicos de escuela comparados con Meyerbeer y Gounod, y estos á su vez unos petates en parangón con Handel, Sebastian Bach y Berlioz, á quienes nuestro personaje admira, aunque no los ha oído jamás. Pues bien; ¿no es cierto que esta especie de filarmónico es, con rarísimas escepciones, gran aficionado á los toros? El que observe un poco las últimas evoluciones verificadas en los tipos de nuestra sociedad, el que comprenda los sentimientos extraños y contradictorios, la monstruosa simultaneidad de aficiones opuestas que caracterizan á esa sociedad cuando se erige en público, verá claramente cuánto tiene de taurómaco ese músico *dilettanti*, que vocifera en los tendidos del Real, y que cuando aplaude y quiere que se repita una cavatina,

gesticula con desenfado y grita con frenesí, como si dijera: ¡Otro toro!!!

No es esto una paradoja. En los conciertos de Barbieri se advertía con frecuencia que al sonar las cuatros, una gran parte del público dejaba el circo y la música. Era la hora de la corrida. Montes destronaba á Beethoven.

Es inexplicable la causa de este fenómeno; pero numerosos ejemplos nos prueban su certeza. Nuestra educación artística deja mucho que desear todavía: nos creemos aptos para la contemplación para del gran arte, nos elevamos un poco, y á lo mejor... nos vamos al bullo. Aun nos falta un buen trozo de camino que andar. Sabemos oír á Mozart y mirar á Velázquez; pero aun vamos á los toros. De aquí resulta un dilema de difícil resolución. Madrid: ó eres artista, ó eres torero: una de dos. Elige pronto, no sea que llegue un día en que, aunque quieras, no puedas salir de entre las astas.

Actualmente es innegable la afinidad que en ciertos individuos tienen la pasión por los toros y la pasión por la armonía. En estos seres no se sabe dónde acaba el picador ni dónde empieza el músico. Sus palabras os revelarán claramente esa conjunción híbrida.

¿No habeis oído llamar á Tamberlick un tenor de punta?

¿Y al Tato un espada de cartello?

* *

La romería de San Isidro ha recibido este año un refuerzo de visitantes provincianos, que ha hecho casi imposible el viaje á la pradera del santo. Como de costumbre, un centenar de coches, ómnibus, tartanas y otros vehiculos se ocupan en trasladar la concurrencia desde el fondeadero de la Puerta del Sol á las verdes orillas del Manzanares. ¡Singular peregrinación! Y tan arraigada está la costumbre en el ánimo y en los sentimientos de nuestros madrileños, que casi puede asegurarse que primero dejarían de ir á los toros que faltar á la romería de San Isidro.

Bien examinada, la tal fiesta es una de esas absurdas aglomeraciones de gente, que forman la tradición y la rutina, reunión de muchos miles de personas que se creen en el deber ineludible de achicharrarse, sudar, recibir estrujones, aburrirse y echar los bofes. Parece que en la cuestión de gustos extravagantes no nos quedaba nada que ver despues de la instalación de los Bufos; pero anualmente nos ofrece Madrid un espectáculo que no tiene rival como manifestador de gustos raros y de las mas incomprensibles aficiones.

La diversion de San Isidro se reduce á encajonarse en un ómnibus, á pasearse por una calle de árboles sin sombra, á las orillas de un río sin agua y sin fuentes, á acercarse á una iglesia donde no se puede entrar y á hacer un gasto mas que mediano en los puestos de dulces y pasteles. El madrileño cree que se divierte, esponiendo sus cascos á la acción de un sol abrasador, bebiendo un agua cálida y un vino bautizado; cree que es feliz tocando un pito de cristal, adornado con una flor contrahecha; cree que se eleva sobre las miserias terrestres bailando al son de una murga en una tienda de campaña, sólidamente construida con tapices viejos y esteras nuevas. Feliz es el que cree serlo. Merced á esta sabia sentencia, puedo creer que los madrileños se divierten el día de San Isidro.

Además, la romería no deja de tener sus emociones. Un ómnibus que vuelca en la cuesta de la Vega, un coche que atropella á un transeunte en la puerta Segoviana, son impresiones de viajes que dan algún

variedad á la monotonía de la fiesta. Por otra parte, si uno de los susceptibles puentes que comunican las orillas del Manzanares se ofende por tanto peso, y decide romperse, los pasantes recibirán una inesperada sorpresa, y aun recibirían un buen baño si nuestro río se permitiera llevar el agua suficiente para refrescar á los que caen en él.

Después de todo vereis que el madrileño, que no ha tenido la suerte de tropezar con ninguna de estas emociones, llega por la noche á su casa de vuelta de San Isidro, con el bolsillo exhausto, el estómago lleno de indigestas comidas é irritantes licores, sordo el oído de los chirridos de tres mil trompetillas infantiles, ardiente el cerebro, pesados los ojos, cansado el pecho, y cubierto el rostro de polvo y sudor. Se halla en ese lamentable estado, que una frase castellana expresa admirablemente de este modo: *No da por su vida un cuarto.*

Preguntadle, sin embargo, por las peripecias del viaje, y os probará que se ha divertido mucho.

B. PEREZ GALDÓS.

TEATROS.

Fisonomía de los teatros de Madrid durante la temporada.—Revista retrospectiva.

Vamos á daros una triste noticia que hemos procurado ocultar durante una ó dos semanas, temerosos de afectar desagradablemente vuestro sistema nervioso. En vano es disimularla ya; todos la sabeis, y nos es lícito por lo tanto participárosela en confianza, sin ser por eso mas imprudentes que los periódicos de noticias. Sabedlo. La temporada teatral ha pasado á mejor vida. R. I. P.

Después de ocuparnos de tan dolorosa nueva, parece que debiéramos hacer una estensa apología de las virtudes de la ficada, ó guardar un profundo silencio en el caso contrario, porque es de almas poco caritativas murmurar de los difuntos. Pero, ¿qué queréis? Estamos en una época de síntesis, en que es preciso reducirlo todo á la unidad, desde los fundamentos filosóficos hasta los estornudos del que se constipa, y los caprichosos mordiscos de *La Constancia*. Resumamos, pues; y siguiendo la moda mas acreditada, reservemos la evangélica virtud de la caridad para cuando ya no nos quede nada malo que decir.

Retratemos en cuatro palabras la fisonomía que han presentado los teatros en Madrid durante la última temporada. Examinemos esos *templos del arte*, como dicen los escritores, que tienen un surtido de frases hechas para encajarlas siempre, vengan bien ó mal á los lectores, como los trages en las roperías á los parroquianos.

PRINCIPE.

Viejo que se empeña en ser jóven, consumido mas por los excesos y la mala vida que por la edad. Con una espesa mano de blanquete que encubre sus deformes arrugas, un poco de cosmético para disfrazar las canas de la barba, dos caprichosas rosetas de bermellon en las mejillas, una disimulada peluca que oculta sus cabellos grises y escasos y el corsé que oprime su cintura, todavia parece un buen mozo, mirado á cierta distancia. Usa lentes porque no ve mas allá de sus narices. Viste pulcramente, siempre de negro, con frac de última moda y estirados guantes blancos. Sus estudiados movimientos son propios de una persona de importancia; sonrisita irónica, mirada impertinente, andar lleno de suficiencia, *tournure* aristocrática; habla de todo con desembarazo y satisfecho de sí mismo como si sus palabras fuesen dogmas infalibles. No hay que decirle nada de literatura, de política, de filosofía ni de moral, porque de todo entiende y para todo sabe elaborar una sentencia con la misma facilidad que hacerse el lazo de la corbata. Oidle, y á las primeras de cambio os dirá modestamente que gracias á él existe el arte aun entre nosotros. ¿Qué fuera sin él en esta tierra desgraciada, del buen gusto, de la elegancia en el decir, de la declamación, del

drama, del genio y hasta de la vida de los poetas? De rodillas, pueblo de Madrid, delante de esta urna viviente del asendereado arte del siglo XIX.

El oráculo inapelable comenzó este año por introducir ambos índices en la sisa del chaleco, y tomando una actitud *fashionable* nos habló de *las circunstancias*. Fué aplaudido, y ¡oh casualidad! con mucha razón. Él recibió estos aplausos con impertinente indiferencia, y volviendo á otro lado la cara, murmuró entre dientes: «¡Es natural!»

Este triunfo le envaneció mas, si cabe, y le hizo pensar en adquirir la tintura indispensable que aun le faltaba para ser el prototipo del buen tono; el barniz traspirenaico. Al efecto se vistió de *Sheridan*, y apesar de sus apuntaladas prendas exteriores no pareció del todo mal. Algo después, siguiendo en su propósito, nos presentó á *Miss Susana*, jóven con la que el público trabó de buen grado una de esas amistades sin consecuencia, que solo duran el tiempo que se tiene delante á una persona.

Mas los esfuerzos de la perfumería y la farmacia reunidos fueron ineficaces para disimular por completo su trabajada salud; su tos seca y enfermiza, su debilidad y su pobreza de sangre y sobra de bilis, no dejaron de revelarse de tiempo en tiempo. Ejemplos: *Los solterones*, *Cien leguas de mal camino*, *Mas vale un por sí acaso*, y otros varios sintomas alarmantes que citaremos enseguida.

Ser viejo y no ser verde fuera un anacronismo imperdonable, segun su pertilada gramática social. *El gorro de dormir*, *Lluvia de oro* y *Escuela normal*, le sacaron de apuros dándole inocente ocasion de decirnos unas cuantas gracias trasnochadas.

Un dia tuvo la buena ocurrencia de vestir una *levita* perfectamente cortada y cosida con esmero, aunque dejando traslucir de trecho en trecho las puntadas. Pero su estragado gusto no tardó en hacerle pasar de un salto desde el bazar de un Caracuel literario á un *Cajón de sastre* remendon que le hizo un traje de máscara que no habia mas que pedir.

Fiel á su sempiterna manía, volvió enseguida los ojos á su Francia querida y nos puso una *Virtud á prueba*. Pero ¡ay! ¿sabeis cuál fué esta virtud? La pobre paciencia de espectador.

Viendo que las cosas se ponian de mala catadura y que el altar vacilaba bajo sus pies, acudió en su desesperación á *Asirse de un cabello*. Este era de buena calidad y le sostuvo algunos momentos, pero al fin se rompió, y viendo que ya no habia remedio, dijo para sí: «salvemos el honor.»

—Basta de triunfos, exclamó en voz alta con dignidad.

Y endosándose un traje de mezclilla y calándose el sombrero *bombayo*, cogió su maleta y su manta de viaje, nos arrojó un pañuelo para enjugar el llanto, y con la gravedad del sol que se eclipsa y el compasivo gesto del Hombre dios que se eleva, nos dijo:

—Hasta la vuelta.

Y el cielo se cubrió de nubes, y el espanto y el desaliento cundieron en nuestras filas, y Madrid entero lloró al salvador del arte.... etc., etc.

BUFOS.

¡Vedle! En la plaza del Rey estiende su abigarrada alfombra, y sobre ella coloca la correspondiente mesilla con cubiletes, bola y demás utensilios *del arte* y el maravilloso *cosmorama universal*. Viste un traje blanco y colorado con cascabeles.

Daudo volteretas y saltos mortales se coloca sobre el respaldo de una silla de Vitoria y pónese á parodiar con las grotescas muecas de su rostro á *Pablo y Virginia*, *Los amantes de Te uel*, *La suspension de Juno*, con el Olimpo entero alrededor; y luego vuelve la cara á un lado y otro, preguntando á los espectadores con oficiosa curiosidad: «Ea, caballeros, ¿hay algo mas que poner en ridiculo?»

Enseguida salta al suelo con la agilidad del mono y nos conduce á su titirimundi, donde nos enseña *Los infernos de Madrid* poblados de pobres diables que no saben el oficio; cuando los hemos visto ya, tira del

cordel y otro cuadro nuevo; *La isla de los portentos*, en la cual se ve, en efecto, un portento verdaderamente prodigioso, es á saber, un autor dramático que escribe peor que Pastorfidio; el inolvidable Zumel.

Pasa luego á su mesa de prestidigitador, y escamotea primero el sentido comun con un *Camisón de Paco* y mas tarde el idioma español con una *Gramática*. Después coge su vara mágica y nos cierra los párpados, y nos deja profundamente dormidos contándonos las *Aventuras de un ahogado*.

Por fin se agota su flamante repertorio, y para despedirse hace unas cuantas piruetas y contorsiones que llama *Los bufos en la frontera*. Recoge sus mamotreos, los carga en un carro, échase á la espalda los trastos menudos, y ¡hasta mas ver! que le esperan en otra parte con la música.

En el mismo sitio aparece á poco un payasito descolorido y enclenque que lleva el mismo nombre que su papá, y que haciendo un cómico esfuerzo por ponerse sério, nos regala en su efímera vida frutos inspidos como *La vida del hombre malo* y *Roberto el Bravo*. Antes de espirar á manos de la asesina indiferencia del público recuerda que se halla á Dos de Mayo, y quiere tambien lanzar su correspondiente grito patriótico. Nos habla de *Dios, Patria y Rey*,

NOVEDADES.

Mozo *cruo*, apoyado en una esquina de la plaza de la Cebada; con su calañés, su zamarra y un puro de á cuarto relegado al extremo izquierdo de la boca. Es crédulo y bonachon en el fondo, pero tiene la manía de las emociones fuertes. Vió cruzar por delante de él un sombrío *Fantasma del pasado* que no le dejó satisfecho, porque apenas destilaba un cuartillo de sangre y los ayes lastimeros de las victimas no llegaban á oírse ni siquiera en las casas contiguas. En cambio pudo despacharse á su gusto pisoteando á los pobres *Mártires de Polonia* y degollando cuanto encontraba al paso. Este fausto acontecimiento le permitió incendiar unas cuantas aldeas y enrojecerse los brazos hasta el codo. Y con tan inocentes desahogos y con los que le proporcionó, como siempre, su particular y antigua amiga *La huérfana de Bruselas* satisfizo por este año su pasión por la carnicería dramática y enseguida se echó á dormir tan satisfecho.

ZARZUELA.

Jóven inconstante y vocinglera; niña mimada por la familia, que no sabe dominar el menor de sus caprichos. Tiene sus pretensiones de bonita, y algunos aseguran que si fuese algo mas formal, no careceria de algun atractivo. Pero la ligereza de su carácter no la deja pensar en nada: ríe y llora sin saber lo que hace; hoy quiere un cosa y mañana la contraria: es, en fin, una señorita mal educada.

Comenzó este año teniendo amores escandalosos con *Los Caballeros de la Tortuga*, señores de mala facha y de peores hechos. Estas relaciones merecieron la mas completa reprobación.

Por obedecer la opinion pública dejó plantados á sus amantes, y queriendo lucir su donaire, se hizo *chismosa*, á gusto de muy pocos. Como su único afán era agradar, en cuanto conoció que sus cuentos no lograban hacer gracia, se puso grave, muy grave, y se vistió de *Angel de la muerte*. El público, asustado de veras con aquella vecindad, huyó á esconderse en su casa, esperando que el tal angelito tendiera el vuelo hácia otras regiones.

En vista de que ni burlas, ni lágrimas podian fijar este indiferente público, objeto de todas sus ansias, tomó el partido de llamarle con esas graciosas y ligeras coquetías sin intencion que se llaman *piezas* en un acto. Nos regaló un diluvio de ellas, chispeantes algunas, candidas las mas, á modo de caricias para desarrugar nuestro adusto ceño. Pero ni por esas. El público siempre frio y desdenoso.

Entonces robó sus trajes á los Bufos, se vistió de maga y se puso á hacer milagros de astucia femenil

